

XXXII.

Del trono de la Madre se va luego
Al del Hijo, de gloria rodeado,
Y envuelto en resplandor y sacro fuego,
Cual se vió en el Tabor trasfigurado.
Allí escucha y acepta nuestro ruego
Que presenta al Eterno acompañado
Del precio de su sangre y sacrificio,
De Redentor llenando así el oficio (7).

XXXIII.

Los orbes por el Padre producidos
Conserva desde allí con su mirada.
Ancianos veinticuatro, revestidos
De túnicas celestes, coronada
Su cabeza, y sentados en bruñidos,
Ebúrneos tronos, cercan su morada.
Junto, el carro viviente cuya rota
Rayos vibra, relámpagos rebota (8).

XXXIV.

Cuando este *deseado de las gentes*
En vision clara é íntima se muestra,
Todos caen por tierra reverentes
Con sagrado estupor. Mas él su diestra
Les tiende y dice afable: "Alzad las frentes:
"No teneis que temer, mi gloria es vuestra:
"Benditos de mi padre, yo os quiero;
"Mirad, yo soy el último y primero (9).

XXXV.

Sobre este tabernáculo increado
Un mar de fuego y luz inmensurable
Se extiende en el espacio ilimitado
A toda criatura impenetrable.
El centro de este abismo es habitado
Por el Padre, principio inagotable,
Donde á la vez se encuentra reunido
Lo que es, lo que será y lo que ha dado.

XXXVI.

Allí están los principios de la ciencia
De verdades al cielo incomprensibles:
La libertad del hombre y la presciencia
De Dios en sus decretos infalibles;
La justicia hermanada á la clemencia;
El germen de los seres y posibles;
El régimen del mundo, y juntamente
Lo pasado, futuro y lo presente.

XXXVII.

Mas sobre todo allí se realiza
Aquel misterio grande, inesplicable,
Que la esencia divina fecundiza
Sin dejar de ser una, inseparable.
En vano el mortal débil profundiza
Misterio tan recóndito é infable,
Que todo coro angélico venera;
Y su penetracion alta supera.

XXXVIII.

A las veces un triángulo de fuego
Se aparece en el Santo de los Santos:
Los globos paran su carrera luego,
Y los coros angélicos sus cantos.
Absortos, y en mortal desasosiego,
Temen si los Poderes sacrosantos
La tierra van á alzar de su cimiento,
O a aniquilar el mismo firmamento.

XXXIX.

Mas la trina Substancia se separa
Y el triángulo de fuego desaparece:
El oráculo se abre y se declara:
La Trinidad divina se aparece
Bajo su propia forma, y se repara
Al Padre, que de gloria resplandece,
Un compás en la mano sacrosanta
Y un círculo inmortal bajo su planta.

XI.

Jehová forma un signo: en el momento
Los tiempos continúan su carrera
Con plácido y tranquilo movimiento;
El cáos se retira á su frontera;
Las estrellas prosiguen su concentro
Y su giro ordinario por la esfera:
Mas los cielos con pasmo y con respeto
Esperan de Adonay ver el secreto.

XLI.

El ángel de Cirilo penetraba
El pórtico celeste en el instante
Que su gloria el Altísimo ostentaba
A los cielos en forma semejante.
La oracion de Cirilo se elevaba
Al Santo de los Santos coruscante
Al modo de oloroso, suave incienso (10),
Formando opaca nube de humo denso.

XLII.

A la voz de su Mártir venerable
Jesucristo se inclina ante el divino
Arbitro de los hombres inmutable.
Todos los hombres tiemblan de continuo.
El velo cae oscuro, impenetrable,
Que cubre los arcanos del divino,
Y con una palabra que pronuncia,
Sus eternos decretos Dios anuncia.

XLIII.

El instante es llegado en que el imperio
De Satanas soberbio, abominando,
Acabe de existir, y que el misterio
Cese de iniquidad, torpe, nefando:
Que en su lugar por todo el hemisferio
Tremole el estandante venerando
De la Cruz victoriosa y fulminante,
Y la Iglesia de paz goce triunfante.

XLIV.

Mas los fieles que el hierro no venciera,
Y el fuego y las catastas han braveado,
Ruedas, potros, ecúleos, muerte fiera,
El ocio de la paz ha afeminado.
Antes de principiar la feliz era
Del triunfo de la Cruz tan deseado,
Tienen que ser probados por el fuego,
Y el reino de la paz se verá luego.

XLV.

Ya Satanas, la antorcha en una mano,
Rompiendo la cadena que le aferra,
Corre á escitar la furia en el tirano.
Mas ya tambien está sobre la tierra
El heróico guerrero que el arcano
Destina para hacerle cruda guerra:
Atleta generoso, audaz y fuerte,
Va á triunfar del abismo con su muerte,

XLVI.

Pero este campeon que valeroso
Se prepara á luchar con el inferno,
Y haciéndose holocausto delicioso
Va á desarmar las iras del Eterno.
No es Cirilo, aunque ilustre y virtuoso;
Un esposo será y amante tierno
El que con doble y libre sacrificio
Hácia el hombre va á hacer al Dios propicio.

XLVII.

Ya para prepararle de antemano
A pelea tan recia y tan temida,
Y armar su corazon contra el tirano,
Como de una templada y fina egida,
El Señor le condujo de la mano
Por todos los peligros de la vida.
Como antes de la lucha el fuerte atleta
A rudos ejercicios se sujeta.

XLVIII.

Mas tambien el Señor ha permitido,
Por su divino juicio inescrutable,
Que en varias ocasiones combatido
Haya dado caida miserable.
De su postrera falta arrepentido,
Hace ya penitencia saludable,
Y humillado da á Dios solo la gloria
Que nos da la corona y la victoria.

XLIX.

En una sola voz han entendido
Los coros de los Angeles y Santos
Todo lo que la Musa ha discurrido
Con tantas frases y rodeos tantos.
Aun así, ¡qué imperfecto es el sentido
Que presenta en sus versos y sus cantos,
Si su tosco diseño se compara
Con la idea del Verbo simple y clara!

L.

Esta misma palabra manifiesta
De la gracia otro cèlebre portento
Al coro de las Vírgenes que presta,
A su gozo eternal nuevo contento.
De su sexo otra víctima se apresta
Que con santo y heroico sufrimiento
Va á juntar para siempre los paganos,
Bajo el pié de la cruz, á los cristianos.

LI.

Pero ella no será tan estimada
Ni contendrá aquel mérito excelente
De la primera víctima sagrada,
Que ha elegido el Señor principalmente
Por hostia de la paz; mas destinada
Para esposa del Mártir eminente,
Va á aumentar con sus pruebas la eficacia
Del primer sacrificio de la gracia.

LII.

A las huestes del cielo numerosas
Manda el Señor tambien que diligentes
Ordenen sus falanges poderosas
Para ir á socorrer los combatientes.
Jesucristo las armas victoriosas
De la fé y la constancia refulgentes
Al Mártir por sí mismo le reviste,
Y á la vírgen su Madre santa asiste.

LIII.

Así hablára el Eterno: en el instante
Los coros interrumpen sus conciertos,
Y se sigue un silencio semejante
Al que notó San Juan cuando vió abiertos
Los sellos de aquel libro revelante.
Al eco de su voz de pasmo yertos,
Inmóbles, con respeto al mas profundo,
Veneran los destinos de este mundo.

LIV.

Así, cuando en batalla están formados
Dos ejércitos fuertes y aguerridos,
Prontos á acometerse encarnizados,
Oyendo los primeros estallidos
De tempestad lejana, penetrados
De temor y respeto, aunque encendidos
Suspenden su combate sobre el suelo
Y admiran la batalla que da el cielo.

LV.

El aire que respiran inflamado,
Agita débilmente la bandera,
Un ejército en parte es alumbrado
Por el sol que termina su carrera,
Mas luego el huracan ha reventado,
Y dando la señal de pugna fiera,
Se deja oír del trueno el estampido
Y deslumbra el relámpago encendido.

LVI.

Mas el ángel que guarda la triunfante
Bandera de la cruz, hace una seña,
Y cesa aquel silencio en el instante,
Todos adoran la sagrada enseña.
María con pacífico semblante
Dirige desde el cielo una risueña
Mirada hácia la víctima escogida,
A sus tiernos cuidados cometida.

LVII.

Del Confesor la palma floreciente
Reverdece en sus manos luminosas;
El escuadrón de Mártires ardiente
Entreabre sus filas victoriosas,
Para darles el sitio conveniente
Con Perpétua y Felicitas gloriosas,
Estéban y los grandes Macabeos
Cubiertos de coronas y trofeos.

LVIII.

Miguel, aquel campèon irresistible
Que aterrará las huestes infernales,
Blande la lanza á Satanas temible,
Sus compañeros de armas celestiales
La espada tambien toman invencible
Y embrazan los escudos inmortales.
El carro de Emmanuél resplandeciente
Se mueve sobre el eje refulgente.

LIX.

El Eterno se oculta en el radiante
Seno de luz inmensa que rodea
Su trono luminoso y deslumbrante.
El Espíritu Santo centellea
Con claridad mas viva y fulgurante
Que el inflamado bronce en la pelea,
Los coros de los Angeles y Santos
De gloria entonan los celestes cantos.

LX.

*“Gloria demos á Dios en las alturas,
“Y la paz á los hombres que en el suelo
“Le sirven con amor y mentes puras.
“¡Cordero celestial! vos del consuelo
“Derramais en sus almas las dulzuras;
“Vos quitais los pecados; vos del cielo
“Las puertas les abris, y el sacrificio
“Acceptais de los Mártires propicio.*

LXI.

*“El insensato ha dicho en su malvado
“Corazon: No haya Dios! Dios se levante,
“Y su enemigo sea disipado.
“Ya se avanza el Señor como gigante;
“A su vista los cielos han temblado;
“Su boca lanza fuego devorante.
“Impíos ¿dónde estais? ¡huid ahora,
“Libraos de esta llama vengadora!*

LXII.

“¡Felices lo que buscan con anhelo
“La voluntad de Dios justo y clemente!
“¡Felices los que labran con desvelo
“El templo de sus obras eminente!
“Venid, santos, venid, justos del suelo,
“Benedicid al Señor omnipotente;
“Unid vuestros acentos, almas puras:
“Gloria demos á Dios en las alturas.”



NOTAS.

Octava III.

Como esposa á quien busca esposo tierno.

(1) Vidi sanctam civitatem Jerusalem descendentem de caelo á Deo tanquam sponsam ornatam viro suo: Apocal. 21, v. 2.

Octava VI.

El árbol que la vida immortaliza.

(2) En medio del paraíso terrenal estaba plantado el árbol de la vida, cuyo fruto hubiera tenido la virtud de conservar la vida á Adán si hubiese sido fiel á los preceptos de Dios. Otro árbol habia plantado el Señor en medio del paraíso, llamado *de la ciencia del bien y del mal*; á este prohibió á Adán que le tocase bajo pena de la vida: *quo enim die comederis ex eo, morte morieris.*

Octava VIII.

Con que á los Dioses se hace semejante,

(3) Alusión á la luz de la gloria, cuya virtud principal es de corroborar la potencia intelectual del hombre para que pueda conocer la esencia divina como es en sí, con sus relaciones, atributos y misterios, que es lo que se llama vision intuitiva. En este sentido se